



por Tomás CUESTA

Fe de erratas

A doña María Teresa Fernández de la Vega, vicepresidente primera del Gobierno, un día de estos la llamarán «la fe de erratas» porque no pasa una semana en que la pobre no tenga que decir digo donde dijeron Diego. Si es verdad que nos esclavizan las palabras y sólo somos dueños de nuestros silencios, la vicepresidenta parece un galeote cuando le toca dar la cara ante los periodistas tras los consejos de ministros de los viernes. Doña María Teresa es, además, un galeote obligado a remar contracorriente. Amamada, como está, al duro banco de los desbarres de sus compañeros, no es de extrañar que se le difumine la sonrisa hasta convertirse en una mueca. Cual si tuviera agujetas en el alma de tanto escuchar pamemas.

Ahora que, gracias a Brad Pitt, la gente se ha enterado de que, además de los galácticos, existieron los héroes, a la señora Fernández de la Vega se la podría comparar con Hércules. Es sabido que uno de los trabajos que los dioses le impusieron a Hércules consistía en limpiar los establos de Augias, un sitio donde la mierda, con perdón, le llegaba a las orejas. Y el tarrón, vecina, lo hizo en un pispás, que hasta podían comerse sopas en el suelo. Lo de la vicepresidenta viene a ser lo mismo, venga a fregotear lo que le ensucian las mulillas que tiene estabuladas en el Gabinete. Con la ventaja de que ella, al contrario de Hércules, puede emplear el BOE como impecable detergente.

Decía Julio Cerón que no hay errata que no perfecciona y ennoblece el texto. Pero las erratas de verdad son, sin embargo, muy poco frecuentes. La errata es un eufemismo del error, cuando no del horror a palo seco. Por eso «la vicepresidenta fe de erratas» tiene que hacer encaje de bolillos para vestir los disparates de leve incontinencia. Volviendo al magisterio de Brad Pitt, la señora Fernández de la Vega podría hilar la actualidad con la sentencia añeja: «Aliquando bonus dormitat Homerus»; o sea, incluso Homero, de tanto en tanto, se echa un sueñecito y puede meter el cuezo. En cualquier caso, el problema que tiene este Gobierno no es que esté dormido, es que siempre está durmiendo. Que no es lo mismo, aunque lo parezca. Ya lo dejó sentado, con su delicadeza habitual, el difunto don Camilo José Cela: No es lo mismo estar jodido que estar jodiendo.

A LA CONTRA

por AMILIBIA

JESÚS GONZÁLEZ GREEN, periodista

«Montar en globo es algo místico»

Hoy hablará en el ciclo «Con el agua al cuello» que presenta y modera Reyes Monforte en la Fundación Canal (Madrid), y dice que como corresponsal de guerra ha estado con el agua al cuello muchas veces (en el Zaire estuvo condenado a muerte con otros periodistas de TV), que de los globos ama el flotar libremente, que los récords le parecen algo ridículo, que ahora se hace más periodismo de comunicado oficial...

-Ciclo «Con el agua al cuello». Me imagino que ha estado más veces con las nubes al cuello...

-Yo he estado con todo al cuello. Montar en globo es relajante, hermoso. Mi oficio de corresponsal de guerra es otra cosa: ahí se te ponen los dídimos en el cuello y más arriba muchas veces.

-Por ejemplo...
-En el Zaire, un grupo de periodistas de TV estuvimos 15 días condenados a muerte. Nos oyeron hablar español y nos confundieron con mercenarios cubanos. Nos salvó la presión de la Prensa.

-¿Ama los globos, la altura, volar o...?

-Amo flotar, ponerte ahí y que el caprichoso viento te lleve, la sensación de abandono. Es un viaje sin proyecto, como dijo Tierno Galván, que luego no se atrevió a subir.

-Digamos que el globo es el auténtico símbolo de la aventura...

-Sin duda. Es la libertad total, la improvisación.

-¿Partidario de la globalización o...?

-De la globalización en el sentido de que todos vuelen en globo: se ve todo más limpio y con distancia, luego mejor. Y se ve con más humor.

-El globo terráqueo, ¿quién lo quiere pinchar?

-Los que contaminamos. Los que hacen guerras.

-Ha sido la primera persona en cruzar en globo el Atlántico de Europa a América, cuatro veces campeón de España de vuelo en globo... ¿qué le queda por hacer con un globo?

-Nada. Ya no me estimulan los récords, me parecen una cosa ridícula.

Homenaje. -Le van a entregar la Cruz de la Orden del Mérito Deportivo...

-Es un honor. Hay países que cuidan mucho a sus deportistas, a sus exploradores. Aquí priman más otras cosas. Los programas de TV que más se ven son de cotilleo, murmuración y calumnia. Dicen que ven los documentales de la 2, pero no es verdad.

-Se queja de que le conozcan más por sus aventuras en globo que como periodista...

-A mí me gusta que me conozca el camarero del restaurante cuando no hay mesa y el guardia civil que me para en carretera porque me he pasado, pero nada más.



«No me interesa la fama, sólo mi oficio. Ser reportero, que es ser testigo», dice

-No le interesa la fama...

-No, sólo mi oficio, la experiencia: ver, sentir y contar, meter las narices en la historia. Ser reportero, que es ser testigo.

-Lleva 27 años viendo guerras. Dice David Gistau que la tribu de corresponsales de guerra es un coto cerrado que desprecia a los nuevos y que con dos cervezas en la tripa se ponen a mostrar cicatrices, a ver quién la tiene más larga...

-Algo de eso hay. Y la feroz competencia, que te lleva a engañar a los otros para conseguir la exclusiva. Antes, la exclusiva era una obsesión. Ahora se hace más periodismo de comunicado oficial. No se entra en territorio prohibido.

-¿Prefiere una guerra o estar en «Al filo de lo imposible»?

-Prefiero una guerra, pero no por masoquismo. Es bueno enseñar lo que es la guerra para que se acaben las guerras.

-Montar en globo es una forma de escapar de las miserias, ¿no?

-Desde luego. Desde la altura se ve el mundo más ordenado y no se ve la basura.

-Ni la telebasura. ¿Ir en globo es como fumarse un porro?

-Bueno, por algo se dice «menudo globo he cogido». Con el porro y con el globo se flota. Montar en globo es algo místico. Hay levitación, se pierde gravedad... en todos los sentidos.

-Es libre quien se libera del miedo y del deseo. ¿Está liberado de eso?

-No, y sin embargo me encuentro libre.

-¿Ve nacer grandes reporteros?

-Ahora buscan más el dinero y el éxito rápido, pero creo que siempre habrá buenos reporteros.

-No sé: el loro de Churchill vive y nadie ha ido a entrevistarle...



por David GISTAU

En Braga(s)

Escribo esto en la carretera, en uno de esos pueblos de Castilla en los que a los novios, en vez de arroz, les arrojan perdigones. Tengo a dos amigos esperándome fuera casi con el coche en marcha, como si en vez de a escribir hubiera entrado aquí a atracar. ¡Bamos, porque esa era la idea improvisada esta mañana cuando de pronto nos citamos para emprender viaje, a Oporto a ver jugar a España. Pero nada más salir, consumidos apenas unos kilómetros, alguien hizo un descubrimiento que compartió con el resto de la tripulación: «Eh, hay danesas en Braga». ¿Danesas en bragas? ¿Danesas en bombachas?, como corrigió el argentino de a bordo. No, hay danesas en la ciudad de Braga, donde juega mañana -hoy, cuando lean esto- su selección.

Así pues, y con el viaje a Oporto ya iniciado, resultó que a los tres argonautas se les planteó una duda que podía alterar los itinerarios ya trazados en el mapa. O en el Gps, que tiene el coche una voz mecánica que te regaña sólo con que pienses en parar a por pacharán. La duda obligaba a los tres viajeros a elegir entre dos de sus grandes pasiones: el fútbol y las mujeres. Es decir, ver a España, como estaba urdido, o ver a un montón de danesas en bragas. Oporto o Bombacha, adónde ir.

En llegando a Salamanca, no teníamos resuelta la encrucijada. Tanto es así, que a la voz mecánica del Gps se le notaban ya ciertas inflexiones de impaciencia de tanto ser reprogramada para dos itinerarios diferentes, aúpa España en Oporto, estudias o trabajas en Bombacha, he aquí la cuestión. Me están reclamando ya con el claxon, y ronronea el motor ahí fuera como si hubiera entrado a atracar en vez de a escribir. Conozco a quienes me esperan y sé que por un partido de fútbol me habrían dado más tiempo para cumplir con la columna que el poco que me están dejando ahora que saben que, al final del camino, el Grial es una danesa en bombachas. O sea, en Braga. Porque allí es adonde vamos: a ver a Dinamarca, que ni le conocemos en el rival, pues sólo nos interesa el coro de bacantes con trenzas. Y para ver a los nuestros, pues ya encontraremos un bar con tele.